

Carlos Isamitt

Silenciosamente, como vivió, como trabajó, y aun como se desplazaba por el mundo huyendo de toda estridencia, nos ha dejado este hombre singular, amable, sonriente y a la vez profundo y múltiple. Sólo por el diario supimos de su partida que, en forma expresa, dispuso fuera también callada, sin aparato fúnebre. Hoy, desde el más allá, nos contempla de seguro y se divierte imaginando el chasco que dio a los innumerables discursos que ante sus restos se habrían pronunciado. Porque no hay duda que los merecía, y desde muchos ángulos de la doble actividad básica que ocupó su tiempo en este mundo, las artes plásticas y la música, a las que agregó, en común sus investigaciones estéticas, folklóricas, pedagógicas y esencialmente sociológicas.

Con Isamitt desaparece uno de los dos sobrevivientes del

grupo que podría denominarse como aquel de Francia, "los seis", que inician en Chile el movimiento realmente serio de la composición musical: Enrique Soro, Humberto Allende, Alfonso Leng, Carlos Isamitt, Próspero Bisquertt y Acario Cotapos, nacidos todos entre 1880 y 1890, coincidiendo en forma significativa con la aparición de nuestras cimas poéticas, cuya cima, también, en esa generación, sería Gabriela Mistral, el primer Premio Nobel de este país.

En las artes plásticas Isamitt señala rumbos. Si no tan novedosos como en la obra musical que deja, ya que figura entre los discípulos de Don Pedro Lira y del maestro hispano Alvarez de Sotomayor, engarzados en una tradición nacional venerable que nuestra música no conocía, aporta a los quehaceres de la Escuela de Bellas Artes su inquietud progresista, y en

forma muy novedosa el afán de acercarse a las auténticas raíces populares tanto criollas como aborígenes. Recorre Chile en toda su extensión, convive con los araucanos cuya lengua estudia, y cuyos usos musicales, melodías, danzas, instrumentos, investiga y conoce a fondo. Es así como Isamitt, al irse de entre nosotros, como a hurtadillas, nos pone ante la obligación patriótica de recoger su legado, estudiarlo y custodiarlo porque va mucho más allá de cuanto pintores o compositores normalmente dejan.

No intentaré hacer aquí, en estas líneas que persiguen sólo dar como un aviso del vacío que sufriremos de un hombre eminente, dotadísimo y sabio, la enumeración, siquiera, de los importantes cargos que ocupó y de las iniciativas utilísimas que le debemos, ya sea como

inventor o colaborador de las mismas. Baste decir que tras estudios pedagógicos completos en la Escuela Normal de Santiago, en el Conservatorio Nacional de Música y en la Escuela de Bellas Artes y obtener, muy joven aún, distinciones en las exposiciones oficiales, reforma en 1927 la última de las escuelas nombradas, pasa luego a dirigirla conjuntamente con el Museo y asume la Dirección General de Educación Artística. Todo este auspicioso futuro lo troncha aquel Ministro, de triste memoria, que destruyó la valiosísima Biblioteca del Instituto Nacional para construir una piscina, (de lo cual queda como mudo testigo la esquina vacía de Arturo Prat con Alameda), clausuró la Escuela de Bellas Artes y casi liquidó la de Artes Aplicadas que Isamitt fundara.

Desde 1931 hasta 1951 priman en Carlos Isamitt los trabajos musicales, sin dejar por ello sus pinceles ni alejarse de las reformas de la enseñanza plástica en la cual colabora. Todo lo hecho en misión entre nosotros atestigua, con sus firmas, el tesón, la regularidad con que cooperaba: es uno de los fundadores de la Asociación Nacional de Compositores de Chile; igualmente de la Asociación de Concierdos Sinfónicos y, creado el Instituto de Extensión Musical, integra su directiva en cuanto Presidente de los compositores; luego se encarga de organizar y dirigir los estudios de pedagogía musical en la Facultad de Bellas Artes, la primera, de 1929, y en la corporación análoga de Ciencias

del Arte, de 1948. Premio Nacional y Académico de Número en el Instituto de Chile, en 1966.

Todo lo anterior concierne al maestro, al dirigente y al apóstol que en Isamitt, tan comedidamente, había. Su obra pictórica es innumerable y de ella se ocuparán los entendidos. En la música, deja una contribución abundante y valiosa en todos los géneros, salvo la ópera, que por lo general no ha atraído a los músicos chilenos. Ninguna novedad fue ajena a la inquietud de Isamitt: en 1936 escuchamos, suya, la primera composición sinfónica que utilizó los cánones dodecafónicos de la escuela de Viena, sin atarse a ellos como sistema. Y aquí cabe preguntar, como lo hice ante el féretro del buen Acario Cotapos, ¿qué será de todo este tesoro? ¿hay alguna institución pública que reúna dignamente, no como para salir del paso, lo que los compositores vamos dejando al desaparecer? Hasta hoy no. Es un tremendo vacío y una injusticia cultural que exigen inmediato remedio. Basta ya del caso de extranjeros como Van Dooren que en Valparaíso, aseguran, quemó sus obras antes de morir y de los familiares de Giarda que llevaron a Italia su gran producción, en buena parte escrita en Chile. Los chilenos ¿por cuál solución optaríamos no teniendo otra patria? De la obra musicológica de Isamitt quedan las publicaciones en todas nuestras revistas musicales y artísticas en general; hay, también, alguna música impresa. En cuanto a grabaciones... es el desierto, el silencio, con que la música nacional ha sido estigmatizada en forma efectiva, tenaz y misteriosa.

DOMINGO SANTA CRUZ;
presidente de la Academia de Bellas Artes del Instituto de Chile

0984860